

Publicaciones del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Castellón

Volumen II

Fascículo III

Trabajos de divulgación

Algo sobre clasificaciones lingüísticas

por el Catedrático de Latín de dicho Centro

D. Francisco Almenar Suay

Doctor en Filosofía y Letras



1934

IMPRENTA J. BARBERÁ
CASTELLÓN

RC
26



1500032621

R. 1.896

F-38
9

1926

Publicaciones del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Castellón

Volumen II

Fascículo III

Trabajos de divulgación

Algo sobre clasificaciones lingüísticas

por el Catedrático de Latín de dicho Centro

D. Francisco Almenar Suay

Doctor en Filosofía y Letras



1934

IMPRENTA JOAQUÍN BARBERÁ
CASTELLÓN

A D. Luis Revest, en distinguido com-
pañero y amigo mereba del mayor afecto de

El Autor

Clasificaciones lingüísticas



A aplicación sistemática del método histórico-comparativo a las lenguas nos lleva con paso seguro a la investigación de los fenómenos lingüísticos, marcando en el estudio racional de los mismos un notabilísimo progreso. Con los conocimientos y luces por él suministrados ha sido factible subsanar errores y opiniones muy divulgados, y rectificar abundantes y caprichosas etimologías dadas por las únicas probables. Es más, muchas de las clasificaciones lingüísticas de hoy eran antes de todo punto imposibles, obedeciendo la tal dificultad o impotencia precisamente a que, confundida por los antiguos la parte material de las palabras con la parte formal, no se sabía hacer un verdadero análisis, una verdadera desarticulación de sus elementos constitutivos.

La lingüística, antes de la Gramática comparada adolecía de algunos errores de consecuencias lamentabilísimas, como acontecía con las opiniones referentes a la lengua primitiva, que el holandés Garopio sostiene fué el *holandés*, Juan Bautista Erro, Larramendi y el Cabildo Catedral de Pamplona el *vasco*, Du Perron y Latour d' Auvergne el *celta*; Juan Webbe el *chino*, Pedro Erico el *griego*, Reading el *etíópico*, Bischoff y Svamaise el *scita*, J. Hugo el *latín*, otros el *abisinio*, el *sirio*, el *árabe*, el *flamenco*, etc.; Andrés Kempe que Dios habló a Adán en *sueco*, que Adán respondió en *danés*, y que la serpiente habló con Eva en *francés*; y según Chardin los persas creen todavía que en el paraíso se hablaron tres lenguas: el *árabe* por la serpiente, el

persa por Adán y Eva, y el *turco* por el ángel San Gabriel. Mas la creencia más generalizada fué la de que la lengua *hebrea* era la lengua primitiva, o sea la que habló Adán en el Paraíso, y por tanto la madre de todas las demás. Sin embargo entre los Padres de la Iglesia no fué unánime la opinión acerca de la lengua primitiva porque si bien San Jerónimo, Orígenes y San Agustín se inclinan por el *hebreo*, San Gregorio Niseno dice que «Moisés escribió en *hebreo*, no porque éste fuese el idioma de Adán sino porque era la lengua usual de su tiempo», añadiendo que «el hebreo no aparece tan antiguo como otras lenguas».

Entre las lenguas hijas del hebreo, afirmaban había algunas, a que llamaban *matrices*, de que se derivaban las otras. Así, el célebre escriturario benedictino Augusto Calmet en sus «Comentarios sobre el génesis» (Edición París 1707) dice: «No todos los sabios están conformes respecto al número de lenguas *matrices* salidas de la confusión, las cuales a su vez dieron origen a todas las demás. Hay quienes cuentan cinco, otros siete, pero ordinariamente se reconocen por originales las lenguas Hebrea, Griega, Latina, Teutónica o Alemana, Esclavonia, Tártara y China.»

Lo mismo que se señalaban cinco o siete lenguas *matrices* podían haberse fijado más, pues el carácter genealógico que se les daba, apenas si tenía más fundamento que las suposiciones erróneas y múltiples acerca de la lengua primitiva y la que respecta a la unicidad y prioridad del hebreo.

Otro defecto de la lingüística anterior al s. XIX estaba en el predominio que daban los lingüistas a la *metafísica* en vez de la *observación* y *comparación*. La historia aplicada a las lenguas fué totalmente desconocida de la Escuela Antigua así como la Fonología. Se atendía también más al diccionario que a las relaciones gramaticales; y al no conocerse la verdadera etimología, en ella se juzgaba muchas veces tan solo por las apariencias.

El primero que combatió el privilegio del hebreo fué Leibnitz, cuyas son estas palabras: «Linguam hebraicam primigeniam dicere idem est ac dicere truncos arborum esse primigenios, seu regionem dari ubi trunci pro arboribus nascantur.

Talia fingi possunt, sed non conveniunt legibus naturae et armoniae rerum, id est, sapientiae divinae. Illud tantum quaeri cum ratione potest *an lingua hebraea cum cognatis sit vicinior origini quam ceterae, et fontium verorum retinentior*. (1)

Siguió a Leibnitz el sabio jesuíta español Lorenzo Hervás y Panduro, (2) el cual, dice Max Müller, tiene la ventaja de haberse fijado al comparar las numerosas lenguas que reunió, en las relaciones gramaticales más bien que en el léxico o diccionario.

Hervás impugnó rigurosamente la teoría del hebraísmo, y le dió el golpe decisivo. Censurando a Guarnacci porque sostiene que el griego, el etrusco y fenicio y quizá todas las demás lenguas provienen del hebreo exclama: «¿Quién no advierte en estas obras que pretenden reconocer en el etrusco afinidad con las lenguas hebrea, fenicia, céltica, griega, frigia y falmirena una confusión de idiomas mayor que la de Babel?» Y reforzando sus convicciones añade: «Por poco que los literatos hubiesen atendido a la diversidad de palabras, artificio gramatical y pronunciación habrían conocido evidentemente y establecido por dogma filosófico, *ser imposible que todos los idiomas del mundo sean dialectos de una matriz*, como debían serlo en caso de provenir todos ellos del *hebreo* »

Clasificación morfológica de las lenguas

Federico Schlegel en su obra publicada en París el año 1808, «Sur la langue e sur la sagesse des Indes», fué el autor de la clasificación morfológica que se hace de las lenguas en tres grandes grupos: *monosilábicas, aglutinantes y de flexión*. La obra de Schlegel en la historia del pensamiento humano fué llamada «el descubrimiento de un nuevo Mundo». No obstante

(1) Carta a Tenzel (Leibnitzii opera, VI. ed. 1768).

(2) Este insigne glotólogo, y benemérito patriota, nació en Cuenca por el año 1735 y vivió hasta el 1809. Sus obras son numerosas y forman una verdadera enciclopedia, destacándose entre las que pertenecen principalmente a la Filología: El «Catálogo de las lenguas» en seis volúmenes, el «Origen y mecanismo de los idiomas», y el «Ensayo práctico de las lenguas», donde aparece escrito el Padre Nuestro en más de trescientas lenguas o dialectos, de casi todas las naciones del mundo hasta su época conocidas.

haber en su obra mucho de intuición y de imaginación más que del resultado de investigaciones científicas, su teoría ha sido aceptada por los lingüistas más eminentes del s. XIX, y ampliamente desarrollada por Augusto Schleicher y Max Müller, debido principalmente a su sencillez y claridad, y por estar además basada en la estructura misma de las lenguas o sea en su intrínseca naturaleza.

Según esta clasificación, como queda dicho, todas las lenguas del globo se dividen en: *monosilábicas*, a las cuales pertenece la lengua china, *aglutinantes*, entre las que se cuentan el vasconce, el turco, las de los antiguos habitantes del Africa y América, las de la Siberia, el japonés, etc., y las *de flexión*, que comprende las Arias y las semíticas.

Las lenguas monosilábicas están formadas de raíces unisílabas que tienen significación independiente de las demás; en ellas no hay distinción entre raíz y palabra, no tienen sufijos de derivación ni elementos flexivos, en una palabra, no hay elementos formales, y por tanto carecen de gramática en el sentido riguroso de la palabra. Una raíz tiene múltiples y variadas significaciones y las relaciones se expresan o por la distinta colocación o por el acento. Así por ejemplo ngò-ta-ni quiere decir: yo golpeo a tí, y ni-tan-go significaría: tú golpeas a mí.

En las aglutinantes se pueden reunir dos o más raíces para formar una palabra, pero con la particularidad de que una de ellas conserva sin alteración la forma y su valor, y la otra u otras pierden su independencia; la primera es la parte fundamental y significativa de la palabra, y la otra u otras representan el elemento formal o de relación. Los elementos formales pueden añadirse por el principio, por el medio o por el fin, y en varios lugares a la vez, recibiendo los nombres de prefijos, infijos y sufijos. La corrupción fonética en estas lenguas no afecta a la raíz principal o elemento material, pero sí a los elementos formales mencionados. También se caracterizan estas lenguas por la facilidad con que se descubren las junturas de los elementos integrantes de las palabras. Así en los ordinales vascos: bi-garrena, segundo; iru-garrena, tercero; lau-garrena, cuarto; bortz-garrena, quinto; sei-garrena, sexto; zazpi-garrena,

séptimo; zortzi-garrena, octavo; bederatzi-garrena, noveno y amar-garrena, décimo, ninguna dificultad nos ofrece la separación del sufijo garrena de las palabras o raíces a que se poseen, que en este caso son precisamente los numerales cardinales bi, iru, lau, bortz, dos, tres, cuatro, cinco, etc. Lo mismo vemos en los siguientes ejemplos de la lengua turca, en los cuales además de reconocerse fácilmente los elementos componentes de las palabras, se encierra una proposición completa:

sev-mek	= amar
sev-in-mek	= amarse
sev-isk-mek	= amarse el uno al otro
sev-dir-mek	= hacer amar
sev-in-dir-mek	= hacerse amar felizmente
sev-isk-dir-mek	= hacer que uno ame al otro
sev-il-mek	= ser amado.

En las lenguas de flexión para formar la palabra pueden entrar dos o más raíces, con la particularidad de que todas ellas pierden su propia independencia hasta tal punto que sus elementos no tienen significación aislada fuera de la síntesis o estructura de la palabra. En estas lenguas lo mismo las raíces que los elementos formales están sometidos a la alteración fonética, y es con frecuencia muy difícil averiguar el punto de unión de los diversos elementos.

La importancia de esta clasificación nos lo muestra el hecho de no hacerse ya clasificaciones arbitrarias como las que antes se formulaban, ni tomar por principio de la clasificación el lugar como lo hizo el geógrafo francés Balbi. Hoy dondequiera que se habla de las lenguas, en la Literatura, en la Lingüística, en la Lógica y hasta en la Geografía, todas unánimemente se refieren a esta clasificación, sobre todo tratándose de lenguas en general.

Esta clasificación dió motivo a muchos de los lingüistas del siglo XIX, como los citados Max Müller y Schleicher, para sostener que las lenguas más perfectas, cuales son *las de flexión*, habían pasado por los tres estadios del monosilabismo, de la aglutinación y de la flexión; las *aglutinantes* que estaban en el segundo grado, y las *monosilábicas* en el primero. Algu-

nos filólogos del último cuarto del siglo pasado, entre los cuales está el inglés Sayce rechazan esta opinión, fundándose en la dificultad gravísima que ofrece la transformación por evolución de una lengua monosilábica en una aglutinante y de una aglutinante en una de flexión, y además en que ni un solo ejemplo se encuentra en los miles de años a que alcanza la historia de haberse verificado esta transformación ni en la más mínima parte, aún cuando haya estado rozándose con lenguas de otro sistema. Y tanto exageran este principio que parece querer relacionarlo con el poligenismo.

Clasificación genealógica de las lenguas

La clasificación *genealógica* de las lenguas tiene que quedar bastante más restringida que la *morfológica* anteriormente hecha. La razón se halla en que para demostrar este parentesco más íntimo que lleva consigo la clasificación genealógica se necesita disponer de alguna literatura, y de no ser así el parentesco histórico es difícil, por no decir imposible, comprobarlo, quedando en su consecuencia limitada la comparación a la época actual en que se haga, no pudiendo hacerse por tanto más que con aquellas lenguas que tienen una verdadera tradición literaria. Por esto las lenguas de la familia Indo-Europea, que cuentan con abundantes documentos, han sido susceptibles de esta nueva clasificación, con la cual merced a los auxilios prestados por los estudios, histórico-comparados se han podido desechar muchísimos errores y falsas preocupaciones que existían antes sobre esta materia, y se ha podido fijar hasta el mayor grado de parentesco entre los individuos de esta familia.

Hoy no es posible, después de los trabajos de Federico Díez, seguir atribuyendo el origen del idioma castellano al vasconce, al árabe, a la lengua gótica, ni a ninguna otra que no sea la latina. La clasificación *genealógica* tiene que fundarse ante todo en las relaciones gramaticales, y bien conocido es hoy que nuestra lengua viene de la latina por evolución más a menos lenta, pero nunca interrumpida, lo mismo que sus congéneres la italiana, la rumana, francesa, portuguesa, provenzal

y una multitud de dialectos, en todas las cuales la gramática es esencialmente latina, y latino es en su mayor y mejor parte el diccionario. Otras lenguas habrán aportado algunos elementos materiales, pero bien sabemos que en arquitectura los edificios no se caracterizan por la procedencia diversa de la piedra sino por el estilo con arreglo al cual se realiza la construcción.

Merced a los adelantos de la gramática comparada e histórica se hizo por de pronto la clasificación de las lenguas Arias, cuyos individuos principales son: el antiguo *sánscrito*, el *zenda*, el *griego*, el *latín*, el *celta*, la lengua *gótica* con sus derivadas, el *lituano* y las *eslavas*. Francisco Bopp compuso en cinco volúmenes la *Gramática* de todas estas lenguas, obra cuyo primer volumen apareció en 1833, pero no fué terminada hasta el año 1852. Esta obra monumental apesar de sus deficiencias formará siempre aparte de su originalidad el fundamento más sólido y seguro de la Filología comparada.

Otros dos sabios contribuyeron poderosamente a esclarecer las relaciones entre la familia de las lenguas que acabamos de mencionar, el docto profesor Augusto Pott, cuyas «Investigaciones etimológicas» vieron la luz pública por los años del 1833 al 1836, y Jacobo Grimm con la publicación de su «Gramática Alemana», en la que invirtió diez y ocho años (1819-1837). La obra de Grimm fué calificada de verdaderamente colosal, y a su autor cabe la gloria de haber sido el fundador de la gramática histórica, que tan excelentes resultados ha dado y está dando en el estudio de las lenguas. Pott y Grimm impulsados por la necesidad de explicar los cambios de unas lenguas a otras, y de unos periodos a otros se vieron en la precisión de inventar la Fonología, y así podemos decir que ellos fueron los fundadores de esta rama de la lingüística Indo-Europea.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX creían los indianistas que la lengua *sánscrita* era la madre de todas las lenguas indo-europeas, así como el *latín* lo es de las romances; pero ulteriores estudios glotológicos han hecho que aquella filiación y maternidad quede reducida a verdadera fraternidad, de modo que no se puede ya ni siquiera afirmar que el *sánscrito* sea más antiguo que las otras lenguas sus congéneres. Esta fraternidad llevó al eminente filólogo Augusto Schleicher a

imponer la existencia de una lengua madre, común a todos los Arios, que debieron hablar cuando habitaban las llanuras del Asia Central, y que cada pueblo en sus emigraciones debió llevar consigo, y que después en el transcurso del tiempo con la influencia diversa de los climas, hábitos, costumbres, manera diferente de vivir, distinto grado de cultura y civilización fueron engendrándose en cada una de ellas las diferencias que la comparación en medio de su analogía ha hecho notar.

Esta grandiosa hipótesis llamó la atención del mundo sabio, habiéndose hecho posteriormente algunas modificaciones especialmente en lo relativo al número de vocales primitivas. Debe tenerse siempre muy presente que la hipótesis de Schleicher está hecha por inducción y no está comprobada históricamente, por lo que se debe mirarse muy mucho en hacerse afirmaciones como pertinentes exclusivamente a la lengua madre, habiéndose hecho también observaciones diciendo que es inverosímil que todos los arios hablasen uniformemente un mismo dialecto, y no hubiese ya entre ellos ciertas diferencias dialectales, como vemos ocurre en la actualidad, y ha debido suceder en todos los tiempos.

Si atendemos a las relaciones más estrechas que dentro de la familia indo-europea tienen unas lenguas con otras, según la teoría de Juan Schmidt, citada por Delbrück, denominada «teoría de las ondas sucesivas», podemos figurarnos las lenguas indo-europeas como una gran cadena formada de varios anillos, la cual volviendo sobre sí misma y formando un círculo no tiene principio ni fin. Comenzando v. gr.: por el anillo *indo-iránico* (lengua *sánscrita* y *persa*) siguen las lenguas *leto-eslavas*, las *germánicas*, las *célticas*, la *itálica* y por última *la griega* para enlazarse con las primeras o las indo-iránicas. En esta cadena el *griego*, el *latín* y el *celta* son lenguas muy afines entre sí, como lo son también respectivamente las *germánicas*, *leto-eslavas* y las *indo-iránicas*. Empero esta afinidad especial no lleva consigo la separación histórica de unos grupos respecto de otros. Así las lenguas celtas forman como el lazo de unión del latín y griego con las germánicas, a la vez que el griego enlaza con las indo-iránicas el latín y el celta, y las

indo-iránicas son como las intermedias entre las leto-eslavas y germánicas y las greco-italo-celtas.

El ilustre Académico y laborioso Catedrático Dr. Alemany Bolufer, forma de los dialectos originarias de la lengua *Aria* catorce grupos, a saber:

I. *El Indo* (antiguo o védico, clásico o sánscrito, medio o prácrito y el pali).

II. *El Nordario* (intermedio entre el indo y el iranio, ya desaparecido).

III. *El Iranio* o persa (antiguo, avéstico impropriamente zendo, pelvi, sogdiano, osseta, afgano, beluchi, etc.)

IV. *El Tócaro* (tócaro A y tócaro B).

V. *El Armenio*.

VI. *El Tracio, el Frigio y el Macedonio*.

VII. *El Griego* (jónico-ático, arcadio y chipriota, eolio, beocio y tesalio, y dorio).

VIII y IX. *El Ilirio y el Albanés*.

X. *El Itálico* (neolatinos, osco-umbro, falisco, sabelio, osco).

XI. *El Celta* (galo, británico y gaélico o irlandés).

XII. *El Germánico* (Gótico, desaparecido ya, Septentrional (islandés, noruego, sueco y danés), Occidental (frisón, anglosajón, bajo alemán y alto alemán).

XIII. *El Báltico* (antiguo prusiano, letón y lituano).

XIV. *El Eslavo* (Meridional (macedonio, búlgaro, servio-croata y esloveno). Occidental (polabo, sorabo, checo-eslovaco y polaco), y Ruso). (1)

Clasificación de las lenguas neo-latinas

Es un fenómeno digno de estudio el que las antiguas lenguas indo-europeas hayan engendrado nuevas familias. Así el sánscrito, los varios dialectos de la India; el griego clásico, el

(1) Discurso leído ante la Academia de la Historia en la recepción pública del Dr. D. José Alemany Bolufer, el día 25 de Enero de 1925.

rumaico o griego moderno; el gótico, las germánicas; y el latín las llamadas lenguas *romances*, con la tendencia en todas ellas a sustituir la antigua flexión *sin-tética* por la *perifrástica*, verificándose en ellas grandes transformaciones fonéticas.

Concretándonos nosotros a las neo-latinas diremos que del latín proceden: el castellano, el galaico-portugués, el catalán-valenciano-mallorquín, el provenzal, el francés, el italiano, el ladino o retorromano, hablado en la antigua Retia, o sea en parte de Suiza, de Italia y de Austria; y el rumano, hablado en la antigua Dacia, o sea en Rumanía y parte de Hungría y Rusia.

Un error parecido al de suponer que la lengua sánscrita había sido la lengua madre de todas las indo-europeas, o un idioma que representaba un estado intermedio entre la primitiva lengua aria, y las que después han resultado históricamente, fué el que cometió Mr. Raynouard en sus estudios sobre el provenzal al sostener que esta lengua había sido la intermedia entre el latín y las lenguas romances que posteriormente se desarrollaron. Lo cual no puede admitirse ni por razones de lingüística evolutiva, ni por razones políticas después de la destrucción del Imperio Romano de Occidente. A Federico Díez cupo la gloria de haber echado por tierra esta teoría sosteniendo que todas las lenguas romances proceden directamente del *Latin*, desenvolviéndose en parte según leyes comunes a todas ellas, y en parte por otras propias y peculiares de cada una. Así, todas ellas han cambiado el sistema de la declinación *sin-tética* por la *perifrástica*; han introducido el verbo *haber* en la formación de ciertos tiempos; han sustituido la pasiva antigua por la del auxiliar *ser*; todas han perdido la cantidad silábica dando al acento lugar preeminente en la prosodia y métrica y cambiando su carácter musical en enérgico, energía que tantos efectos produjo en la fonología especialmente de las vocales pre-tónicas y post-tónicas. El principio de diferenciación donde más se nota es en su parte fonética.

La circunstancia de haber sido Federico Díez, discípulo de Jacobo Grimm, el creador de la Gramática histórica alemana, como ya se ha dicho, nos explica en gran parte el carácter histórico y comparado de sus célebres «Gramática» y «Vocabulario» sobre las lenguas romances, habiendo sido tanto el pres-

tigio alcanzado por estas dos obras que no se concibe hoy un hombre medianamente versado en los procedimientos de la lingüística que se atreva a señalar a la gramática neo-latina otro origen que el latino mediante una evolución lenta, gradual y continuada. Sin embargo, recientemente ha aparecido un folleto en América por D. Eduardo de la Barra, en el cual su autor trata de hacer ver que la Gramática de las lenguas romances es esencialmente céltica, y que por su diccionario son genuinamente latinas. Lo malo que tiene este folleto es que afirma mucho y demuestra muy poco en lo relativo a su tesis, por lo que seguimos creyendo con Federico Díez, con Meyer Lübke, autor de una «Gramática» también de las lenguas romanas (años 1889-1899), y con otros romanistas que la Gramática de las lenguas neo-latinas, como arriba dejamos ya apuntado, es solamente latina, así como el diccionario lo es también con algunas mezclas de palabras de otros idiomas.

Y ya que hemos hecho mención de estas dos importantísimas obras sobre las lenguas romances, observemos que las dos constan de tres volúmenes, distribuidos en tres partes: «Fonética», «Morfología» y «Sintaxis»; las dos publicadas en Alemania y traducidas al francés, y las dos siguen el mismo plan en la exposición de las materias, que son las mismas para una y otra. El ser la de Federico Díez cincuenta años anterior a la de Meyer Lübke, aparte de la diferencia que hay siempre en la manera de apreciar y ver las cosas entre dos autores distintos, es la causa principal de sus diferencias, pues este último ha podido aprovecharse de los inmensos progresos que la Lingüística Indo-Europea en general, y en particular la de las lenguas romanas ha hecho en ese lapso de tiempo, y disponer de una bibliografía más rica que el primero. Y en su consecuencia Meyer Lübke ha podido aplicar con más rigor las leyes fonéticas y señalar más los estados intermedios en el proceso fonético, aparte de haber dado en su obra más cabida a los dialectos, y de haber hecho muchísima aplicación del gran principio de la analogía lingüística.

Clasificaciones internas en las lenguas latina y castellana

Las clasificaciones anteriores se fundan en algo de común pero bien perceptible a los miembros de la clasificación. En la *genealógica* este principio de la relación está en el parentesco de raíces, sufijos, flexiones y hasta de giros sintácticos, y en la *morfológica* en la manera de verificarse la estructura. Acontece con estas relaciones lo mismo que en la vida social del hombre, donde los vínculos de relación como lengua, religión, lazos de parentesco, las mismas leyes, comunidad de intereses, etc., son bastante perceptibles entre los asociados. Mas en las clasificaciones *internas*, que ahora vamos a hacer, el principio interno de relación, el vínculo de unión es indudable que existe, pero es difícil apreciarlo exteriormente. Ocurre aquí una cosa parecida a la unión *individual* y *personal* del hombre, en cuya síntesis tampoco es fácil apreciar el vínculo unitivo. Compónese la naturaleza del hombre de cuerpo organizado y alma racional, y aunque nos es desconocida la manera con que estos dos elementos están unidos entre sí sin un tercer ser que les sirva de intermedio, es lo cierto que cada uno de dichos elementos tiene su realidad propia, y cada uno se rige por leyes adecuadas a su misma naturaleza. Pequeño Cosmos llamaron los antiguos al hombre porque en él están comprendidas las leyes todas de la naturaleza, en su cuerpo como lo prueban las ciencias físicas, y en su alma en cuanto en ella se encuentran las reglas que rigen y gobiernan el mundo moral. Cosa extraña y al mismo tiempo maravillosa es que estos elementos cuerpo y alma no teniendo en esta vida existencia real aisladamente el uno del otro, por la cual pudiéramos conocer de antemano las energías que cada uno de ellos aporta a la síntesis de ambos después para la producción de sus actos en esto que llamamos la propia personalidad representada por el yo, con todo eso las obras del compuesto nos son tan evidentes, como lo demuestran los sentidos por un lado y la conciencia por otro, que no podemos tener la menor duda acerca de la participación y recí-

proca influencia en las operaciones todas de la vida humana, si bien en ellas marcaremos sino el exclusivismo de uno de los dos factores constantes de la operación, al menos un cierto predominio del uno sobre el otro.

Ahora bien; comparando la palabra humana como simple representativa de conceptos, o sea, en lo que pudiéramos su *individualidad* con la personalidad humana también en su individualidad, hallamos una perfecta semejanza. Parécese la palabra bajo este aspecto al hombre individual, porque, como éste, está formado por un elemento corporal, producido por los órganos de la locución si la palabra es hablada, o por el dibujo y los colores si es escrita. Y de la misma manera que el cuerpo está sometido a las condiciones del medio ambiente y obedece fatalmente a las leyes físico-naturales, así también la palabra en cuanto es efecto de leyes fisiológicas la vemos sometida a la influencia de éstas, quedando sujeta a frecuentes transformaciones. Pero además de este elemento material de la palabra, producto inmediato de órganos y leyes corporales, dentro de esta envoltura corpórea, se encuentra otro elemento de un orden totalmente diverso, cual es la idea respecto de la materia bruta, sin que nos sea dable averiguar en qué consiste el vínculo de unión que liga este núcleo ideal interno con aquella envoltura corporal externa, de la misma manera que hemos dicho ignorar como se ligan entre sí el cuerpo y el alma. Y así como el alma y el cuerpo en esta vida no viven aisladamente el uno del otro, así en el lenguaje estos dos elementos de la palabra no tienen existencia separada al menos en lo que se refiere a su manifestación, pues no encontramos palabras vacías de significado, ni el significado puede exteriorizarse sin encarnar en algún signo corpóreo, y sin embargo no podemos negar la realidad del uno y del otro en esta síntesis fonético-ideológica, como no podemos negar la realidad del cuerpo y del alma. Todavía podemos extremar esta comparación considerando que alma y cuerpo se influyen mutuamente en sus operaciones, porque del mismo modo el elemento corporal de la palabra influye sobre la idea, y ésta sobre la parte orgánica, sin que se pueda asegurar con certeza cuál de los dos influye primero y principalmente sobre el otro.

Esa misma impenetrabilidad o misterio lo encontramos morfológicamente en los tres elementos constitutivos de las palabras de las lenguas Arias, a las cuales sabemos pertenecen de lleno la latina y la castellana. Pues en estas lenguas acontece que raíz, sufijos y flexiones están tan íntimamente unidos que todos ellos en su síntesis expresan el concepto significativo u objetivo al mismo tiempo que el subjetivo y de las relaciones, con la particularidad también de que ninguno de los tres elementos indicados tiene en la actualidad vida propia, mirados aislada e independientemente el uno del otro. La misma historia nos da de ello poquísima luz, circunstancia en la cual se apoyan algunos filósofos modernos para combatir las opiniones de la escuela de la aglutinación, que afirmaba haber tenido en otro tiempo estos elementos vida independiente como la tienen hoy las raíces chinas. Resulta, por tanto, nada de realidad, al menos en el estado actual, en cuanto a la vida independiente y aislada, y plenitud de vida dentro de esta síntesis, con lo cual parece que se realiza un absurdo, esto es, de elementos que separadamente tienen realidad nula o dudosa resulta una síntesis llena de realidad del mismo modo que llevamos dicho respecto del cuerpo y del alma, y respecto del elemento corporal de la palabra y de la idea en ella contenida.

Ateniendo, pues, a esta vida interna del lenguaje podemos hacer varias clasificaciones, así para la lengua latina como para la castellana.

A) Clasificación atendiendo a la raíz

La primera clasificación que nosotros conceptuamos puede hacerse es la que toma por principio de unidad la *raíz*, porque aunque, como hemos dicho, históricamente no nos conste que estas raíces han tenido realidad propia, para el análisis y para la clasificación lexicológica tienen altísima importancia, por la facilidad con que se llega a descubrir un fondo de significación común con identidad de estructura material en muchos individuos o vocablos que entran en la constitución genealógica formando familias enteras de palabras. Esta clasificación tiene la

ventaja de reducir el diccionario a un determinado número de grupos o familias de palabras reunidas por la ley de la identidad o semejanza ortográfica, fonética e ideológica, facilitándose así el aprendizaje con el principio de la asociación de las ideas; el diccionario se hace objeto de estudio agradable, porque así se encuentra el orden, el procedimiento lógico y la unidad en la variedad.

Los diccionarios hasta el presente, y aún ahora lo hace la generalidad se han formado sin tener en cuenta principio alguno lógico, siguiéndose en ellos el principio de clasificación menos interno, cual es el que se funda solamente en el abecedario o alfabeto. Sin que presumamos de profetas o adivinos casi nos atrevemos a asegurar que los diccionarios hasta los de uso corriente se construirán en lo sucesivo con arreglo a este principio de genealogía glótica, y que consiste en colocar una raíz, que se ha separado previamente por abstracción, después de meditado análisis comparativo, a la cabeza de un artículo lexicográfico poniendo a continuación por el orden de la mayor sencillez en la derivación, todas las palabras que se cree con fundamento están formadas sobre la misma raíz; y con el objeto de facilitar su hallazgo en el cuerpo de la obra, va al final un registro general indicativo de las palabras y de las páginas en que están ellas trasladadas.

De algunos ensayos de esta índole tenemos ya buenos ejemplos en los «Fundamentos de la etimología griega» de Jorge Curtius, en el «Diccionario etimológico latino» de Vanicek, en el «Diccionario etimológico» de Klüge, y en el de Körting sobre las lenguas romances.

Pongamos tres ejemplos para darnos idea de lo que es la totalidad.

1.º Raíz **gen**—idea general de engendrar.

Con ella se forman las palabras siguientes:

gi-gno por gi-gen-o, gen-úi, gen-ítum, gen-itor, gen-itrix, pro-gi-gn-o, in-gi-gn-o, gen-us, gen-erare, in-gen-ero, gen-eroso, gen-erosidad, gen-eración, pro-gen-ies, gen-s, gen-tilis, gen-tilitas, gen-tileza, gen-tilicio, gen-io, in-gens, in-gen-io, in-gen-io-so, in-gén-ito, in-gen-uo, in-gen-uidad, gen-uino, con-gen-iar,

indi-gen-a, alieni-gen-a, ruri-gen-a, mali-gnus, beni-gnus, privi-gn-us (gn por gen) uni-gen-itus, gen-erator, gen-erador, etc.

2.º Raíz **frag**=idea de romper, quebrar.

De esta raíz salen:

fra-n-g-o, freg-i, frac-tum, por frag-tum, con-fri-n-g-o (*n* epentética), in-fri-n-go, re-fri-n-g-o, frac-tio, in-frac-ción, re-frac-ción, re-frac-tar, re-frac-tario, frag-mento, frag-mentario, frág-il, frag-ilidad, frag-or, frag-oso, an-frac-tus, nau-frag-us, nau-frag-io, saxi-frag-us, foedi-frag-us, su-frag-io, su-frag-ar, frac-tura, etc.

3.º Raíz **fa**=idea de hablar.

Nacen de esta raíz:

fa-ris, fa-tur (de for), fa-ns, in-fans, af-far-i, af-fa-tur, af-fa-bilis, a-fa-bilidad, ef-fa-ri, ef-fa-tum, ef-fa-bilis, ine-fa-ble, prae-fa-ri, prae-fa-tio, pro-fa-ri, pro-fa-tus, fa-bula, fa-bla (arcaico), ha-bla, fa-bu-losa, con-fa-bulación, fa-ma, fa-moso, in-fa-me, in-fa-mia, in-fa-mar, di-fa-mar, fa-cundo, fa-cundia, fa-teri, pro-fi-teri, con-fi-teor, con-fe-so, pro-fe-so, in-fa-ntia, in-fa-ntatus, fa-tum, fa-tal, fa-tídico, fa-ticinus, fa-ndus, ne-fa-ndus, fa-s, ne-fa-s, ne-fa-rio, fa-sti, ne-fa-stus, fá-tuo, fa-tuitas, fe-cialis, fa-num, fa-nático, pro-fa-no, pro-fa-nar pro-fa-nación, fa-nare, etc.

B) Clasificación atendiendo a los sufijos

La clasificación precedente tiene por base la raíz, que da unidad a la multiplicidad de derivados formados con la diversidad de sufijos.

Vamos a exponer ahora cómo dentro del mismo diccionario se pueden hacer otras clasificaciones, tomando por principio de unidad un sufijo de derivación cualquiera y por variedad la diversidad de raíces. Esta clasificación lleva ideológicamente la misma modificación y su variedad está en el significado fundamental, representado por las raíces o los temas.

Pongamos ejemplos:

1.º Sufijo **tor, sor, dor** (castellano).

Si tomamos por base este sufijo hallaremos que la adición de este elemento agrega a las raíces y temas una misma modificación, que es la de *agente*, con lo cual la vaguedad y universalidad del significado de unas y otros se precisa, se determina, se circunscribe y se restringe. Veámoslo palpablemente: La raíz *doc* significa *enseñar* en general y doctor el que enseña; la raíz *spec*, mirar e in-spec-tor el que mira o inspecciona; la raíz *reg*, dirigir, gobernar y rec-tor por reg-tor, el que rige, dirige o gobierna; la raíz *duc*, guiar, conducir y con-duc-tor el que conduce o guía; *scrib*, dibujar, escribir y scrip-tor, p. scribe-tor, el que escribe o dibuja; el tema *conserva*, del verbo conservar, y conserva-tor el que guarda o conserva; lo mismo diremos de crea-tor, crea-dor respecto de *crea*; de simula-tor, audi-tor, respecto de *simula*, *audi*; de fac-tor respecto de la raíz *fac*, etcétera, etc.

2.º Sufijo **tad, dad**.

Igualmente si a temas adjetivos juntamos el sufijo *tad, dad*, (castellano), formativo de abstractos de cualidad tendremos una multitud de sustantivos. Así del tema *sancto* se forma sanc-titate y santi-dad; de *vero*, veri-tate y ver-dad; de *humili*, humilitas y humil-dad; de *facili*, facili-tat-e y facili-dad; de *uno*, unitat-e y uni-dad; de *trino*, trini-tat-e y trini-dad; de *bello*, latín vulgar belli-tat-e y bel-dad; de *felici*, felici-tat-e y felici-dad; de *pauper*, pauper-tat-e; de *sobrio*, sobrie-tat-e y sobrie-dad; de *maius*, maies-tat-e y majes-tad; de *poti*, potes-tat-e y potes-tad; de *generoso*, generosi-dad, etc.

3.º Sufijo **bili**.

Lo mismo podemos hacer con el sufijo *bili, ble*, castellano, el cual se junta a raíces y temas verbales agregando la idea de *posibilidad*, v. gr.: de la raíz *fa*, se forma af-fa-bili-s, afa-ble; de *da*, da-bili-s da-ble; de *ama*, ama-bili-s, ama-ble; de *cred*, cred-i-bili-s, crei-ble; de *gno=no*, no-bi-li-s, no-ble; de *canta*, canta-bili-s, canta-ble; de *fle*, fle-bili-s; de *audi*, audi-bili-s; de *corruptu*,

factu, visu (temas de participios de pretérito), corrupti-bili-s, facti-bili-s, visi-bili-s, etc.

Esta clasificación por los sufijos viene a completar la de las raíces, verificándose entre una y otra una especie de cruce, con lo cual se abarca científicamente todo el campo de la derivación al mismo tiempo que se suministra al espíritu materia abundante para hacer ver la racionalidad con que han procedido estas lenguas en la formación de las palabras, dando tan gran intervención a las facultades intelectuales.

Estas clasificaciones, si ahondamos un poco su verdadero concepto, nos dan la razón porque los pueblos que hablan las lenguas arias son los más avanzados en la civilización; pues en opinión de algunos lingüistas, entre ellos Mr. Breal, la excelencia de los pueblos indo-europeos sobre los demás arranca de lo familiarizado que está el hombre con las abstracciones, que son el alma de las ciencias, desde los primeros días de su infancia, lo cual va consiguiendo insensible pero incesantemente con el ejercicio cotidiano de su lengua, cuyos elementos constitutivos tomados uno por uno, más bien se nos muestran como verdaderas abstracciones que como representaciones de la realidad.

Los partidarios de la escuela aglutinativa resueltamente han sostenido que estos sufijos derivativos, lo mismo que las raíces y signos de flexión tuvieron vida propia e independiente. Esta teoría que tuvo en el segundo y tercer cuarto del s. XIX a Bopp, Pott, Schleicher, Curtius, Corssen y Max Müller, por defensores, es hoy materia algo más controvertible, puesta en duda sobre todo por los partidarios de la *adaptación*, así como lo había sido antes por los sostenedores de la teoría *germinativa* de Federico Schlegel. El principal campeón de la doctrina de la adaptación fué Alfredo Ludwig, uno de los hombres más versados en la lengua védica.

Nosotros podemos probar históricamente cómo algunas palabras de significación real e independiente se han convertido en verdaderos sufijos. Tal ha sucedido en castellano con el verbo *haber* en la formación del futuro absoluto y potencial; con el sufijo *mente* en los adverbios de modo, con los nombres *cualquiera* y *quienquiera* y con *vuestra Merced*, reducido hoy a Usted. Algo parecido de esto hay en los compuestos benévolo,

benéfico, fructífero, cuyos segundos elementos conservan en la composición la significación bien clara, pero que perdieron ya la vida independiente. La mayor parte de las preposiciones latinas al pasar al castellano han perdido también su independencia, figurando solo en la composición como simples prefijos. Sea lo que quiera del origen y vida de estos sufijos, no puede menos de reconocerse que es grandísima su importancia.

C) Clasificaciones por la flexión

La Gramática comparada e histórica nos ha suministrado mucha luz para clasificar las flexiones nominal y verbal. Porque desde el momento en que Bopp señaló que los signos de caso procedían de raíces demostrativas, y los exponentes personales de pronombres personales, y que los sufijos temporales eran originarios la mayor parte del verbo auxiliar, estableció con este un principio para saber cómo desarticular, y por tanto distinguir los elementos representativos de la ideología de la vida de relación en las lenguas, de la parte temática que es representativa del significado fundamental. Esto trajo como consecuencia el que científicamente se buscara la unidad en la declinación y en la conjugación, lo cual se consiguió mediante la comparación y el estudio de las leyes fonéticas. Hasta entonces podía suscitarse la cuestión de porque siendo unas mismas las relaciones ideológicamente no debían ser los mismos los signos o índices que los expresaran; hipótesis que podría reforzarse por el testimonio de las lenguas romances, las cuales en todo lo que han creado en punto a flexión conservan ese carácter de unicidad v. gr., la declinación por preposiciones y la pasiva por auxiliares.

Antes de la aparición de la Gramática comparada no se contaba para el análisis con los medios que la cuestión requería, y hasta el mismo Bopp nos manifiesta cierta especie de intuición o adivinación más bien que el resultado de investigaciones científicas al señalar los exponentes personales como originarios de los pronombres de la misma denominación.

La Escuela Antigua ya trató de hacer estas divisiones en

las palabras, separando la parte material de la formal, pero sus tendencias objetivistas, que obedecían en gran parte a las doctrinas filosóficas de Aristóteles, le llevaron a buscar el principio de la unidad en la parte significativa de la palabra, procurando satisfacer a su modo más bien las conveniencias de la enseñanza que las exigencias de la ciencia. Así por ejemplo, en una palabra como *populus* separada a la izquierda la parte uniforme *popul* y a la derecha todo lo demás. Lo mismo sucedía en la conjugación: *am* que se encuentra en todas, absolutamente en todas las formas del verbo *amare*, lo separaba a la izquierda del resto de la palabra que consideraba como terminación, nombre que no se podía tomar como sinónimo de acabamiento sino de elemento formal, y de este modo la conjugación que etimológicamente lleva la idea de apareamiento no era otra cosa que síntesis de radicales y terminaciones o de parte material y formal. Por este procedimiento la Escuela Antigua se parecía más al carnicero que corta por donde le conviene que al anatomista que desarticula por donde se debe, naciendo de aquí la imposibilidad en que se encontraba de llegar a la unidad, señalando en consecuencia pluralidad de declinaciones y conjugaciones. Dificultaba también la derivación, porque mezclando sonidos del tema con los sonidos y letras de los exponentes desfiguraba y mutilaba los sufijos y hasta las raíces según los casos. Es más, llegaba en algunas ocasiones hasta a destruir absolutamente toda la parte significativa de la palabra, llevándolo todo en la terminación. Por ejemplo, si en los verbos terminados en *ire* se miraba como radical cuanto quedaba a la izquierda de esta terminación *ire*, ¿qué radical quedaba en el significativo del verbo *ire*, *ir*, hecha la separación de la terminación?

Hoy las antiguas clasificaciones de la flexión no se pueden sostener más que en la enseñanza práctica del lenguaje, y aún en este caso es controvertible si para la enseñanza práctica de los idiomas son preferibles los antiguos métodos a los modernos. Nosotros tenemos la convicción de que hay casos particulares en que es muy superior lo que nos enseña la lingüística moderna, v. gr.: el aprendizaje de nuestros verbos irregulares se facilita extraordinariamente clasificando, como hace el señor

Lanchetas en su Morfología, en un grupo los dos tiempos originarios del infinitivo llamados futuro absoluto y potencial o condicionado, así como en otro las cuatro formas que nos han quedado procedentes de los perfectos latinos v. gr.: *conduje, condujera, condujese y condujere* en lugar de mezclar las formas *ra, ría y se* en un solo tiempo como hacía la gramática tradicional a pesar de su procedencia diversa; y en otro grupo aparte las tres presentes; clasificación que tiene grandes ventajas sobre la rutinaria porque está fundada en la identidad de origen, en la identidad de estructura y hasta en la identidad de sufrir las mismas transformaciones fonéticas, morfológicas y prosódicas.

En la Sintaxis ha penetrado también la clasificación moderna. Hoy no se pregunta ya por la diversidad de régimen que puede tener cada parte de la oración, sino por las diferentes relaciones expresadas por cada caso. Se ha llevado también la clasificación a la misma proposición, tanto que hoy se dividen muy racionalmente las proposiciones en simples y compuestas, y éstas en coordinadas y subordinadas, abarcando estas últimas las verdaderamente tales compuestas y las a ellas equivalentes.

Finalmente la lingüística moderna nos suministra fundamentos bastantes para hacer una clasificación muy lógica en la Prosodia latina, simplificando la multiplicidad tan enojosa de tantas reglas no difíciles de aprender, pero sí de retener en la memoria. Esta clasificación presenta tres miembros de conformidad con los tres elementos integrantes de la palabra cuales son las raíces, los sufijos de derivación y los exponentes de la flexión, de cuyo desarrollo y razonamiento haremos objeto Dios mediante otro trabajo.

PUBLICACIONES DE ESTE CENTRO

VOLUMEN I

- Fascículo I. El Infinito numérico lineal, por **José Sanz de Bremond**.
- » II. La obra de Pasteur, por **Manuel Such**.
- » III. La variabilidad de las formas orgánicas a través de las edades geológicas, por **Vicente Martínez Gámez**.
- » IV. La llamada «Preceptiva Literaria» y su enseñanza en España, por **Joaquín de Entrambasaguas y Peña**.
- » V. Nuestro amigo el árbol, por **Francisco Sánchez Faba**.

VOLUMEN II

Psicología y Moral de Luis Vives, por **José María Conillera y Caballé**. (En preparación)

Del átomo a las estrellas, por **José M. Gallart Sanz**.

Algo sobre clasificaciones lingüísticas, por **Francisco Almenar Suay**.

Los enemigos de los insectos fitófagos, por **Francisco Sánchez Faba**. (En preparación)

Pedidos al INSTITUTO DE CASTELLÓN DE LA PLANA (ESPAÑA)

